



Estátua ecuestre de Pedro el Grande.

LA ILUSTRACION.

Esta revista de actualidad ilustrada, entra con el año de 1836, en el octavo año de su existencia; vencidas las dificultades consiguientes á una publicación semejante, y regularizada su marcha, LA ILUSTRACION se prepara á introducir grandes mejoras, así en sus magníficas láminas, cuya colección no tiene rival en España, por el número, por el tamaño y por la ejecución, como en el texto abundante y variado.

LA ILUSTRACION dará en el año entrante numerosos grabados españoles, consignando todos los sucesos importantes del interior y multitud de artículos originales firmados por nuestros primeros escritores. Los primeros números del año entrante, hablarán por nosotros mas aun que los del actual, y que sin embargo son el mejor prospecto de nuestro periódico.

LA ILUSTRACION, LAS NOVEDADES combinadas, tienen reunidas menos precio que el de un solo periódico político de grandes dimensiones.

UN PARAISO CONTEMPORÁNEO.

Hoy que llama tanto la atención todo lo que se refiere á la California y á los países cuya constitución social está modificando tan rápidamente el descubrimiento de aquellos vastos depósitos de oro, creemos que serán leídos con interés los siguientes y ormenores auténticos de un pedazo del territorio americano que fué en otra época posesión de España, y donde, con nuestra religión y nuestra lengua, se conservan costumbres que son nuestras tambien, aunque singularmente doble-

gadas á la influencia del clima y de las circunstancias especial. del territorio.

Muy cerca de la playa oriental del Pacífico existe una isla pequeña llamada Taboga que parece realizar la fabula del jardin de las Hespérides. Es un verdadero paraíso terrenal; y sus habitantes son tan felices y tan inocentes, á lo menos en apariencia, como la pareja origen de nuestra raza. Por desgracia en este paraíso contemporáneo, la fruta prohibida se halla ya madura y no tardará en ser cogida; la antigua serpiente levanta ya la cabeza; y dentro de un par de años probablemente este Eden del mundo moderno se convertirá en camino real del comercio, y el pequeño pueblo que le sirve de capital, se verá trasformado en un puerto de mar sucio, repugnante, teatro de la embriaguez, del desorden, de los excesos que traen con igo los que van á buscar el oro de las Californias. Este es su destino, y no por culpa de la corrupción de sus habitantes, ni por su sed de ganancias, porque en realidad, siendo, como lo son, muy felices, no se tomarían el trabajo de aspirar á ser ricos si les fuese lícito evitarlo. Pero Taboga se encuentra en medio del cauce de esa inundación mercantil que vamos á ver precipitarse de uno á otro océano: su posición geográfica le ha marcado su destino, y ea cuanto esté concluido el ferro-carril de Panamá, los productos del Oriente y del Sur, se cruzarán en sus puertos con los del mundo occidental. Conviene, pues, describir á Taboga y á sus habitantes con el aspecto que presentan en este año tan preñado de grandes cosas, y hacer el retrato de este paraíso momentos antes que deje de existir.

Digamos sin embargo, por via de prólogo, que la trasformacion no ha de verificarse con la rapidez que un cambio de escena en una comedia de magia, puesto que ya se han visto algunos de sus preparativos; ya se ha visto flotar en su tranquilo puerto uno que otro casco

18 DE NOVIEMBRE DE 1833.

negro y gigantesco, jadeando y bufando á impulsos de la maravillosa máquina de Fulton, monstruos marinos que parecen haber venido á examinar la rica presa para dar noticia de ella á los compañeros que han de venir á devorarla; y ya se han visto ojos semi-salvajes y ardientes, fijarse con avidez en ese pueblo sencillo y feliz, al través de sus bosques de naranjos. Estos ojos de aves de rapiña pertenecen á los peregrinos de California que van ó vienen; aventureros de todas las estremidades del globo que van en busca del metal dorado, y que no llevan al principio mas capital que una azada, una botella de aguardiente, y un cuchillo con honores de puñal. ¡Qué tentación no se presenta á estos espíritus inquietos cuando entran en la bahía y parecen resbalar mansamente por las aguas de ese lago encantado que se encuentra en la embocadura de un verde valle entre dos elevadas colinas!

No hay en Taboga pueblo en la significación estricta de esta palabra; sino aquí ó allí, según el capricho del propietario, una pequeña choza de cañas cubierta con hojas de palmero. El número de estas casas, si tal pueden llamarse, llega á un centenar. El lazo de unión, por decirlo así, es una pequeña iglesia blanqueada y limpia. Las casas se asoman con cierta coquetería al través de los grupos de cocoteros en la parte baja, ó se encaraman en la cúspide de alguna de las rocas de la orilla, ó se enseñorean sobre el puerto, ó se agrupan al margen del agua, donde las olas vienen á murmurar á sus puertas mismas cuando sube la marea. Esta playa es el punto de desembarco para los buques del puerto, y el lanchon pesado del buque, aprovechando la ola que avanza, se arroja orgulloso á la orilla, donde queda barado, mientras que la canoa indígena, auxiliada tan solo por un golpe indiferente del remo, salta completamente fuera del agua como un pez.

Por la tarde los naturales se reúnen á la orilla del mar, donde se forman en pequeños grupos, y aspiran la templada brisa al través de los cigarros que fabrican con el escelente tabaco que la isla produce. Las mujeres entretanto se pasean alrededor de los grupos de hombres refrescando sus desnudos pies en las húmedas arenas, mientras los niños se divierten persiguiendo á la ola que se retira y buyendo con grande algazara y gritos de la que avanza. Estas gentes descienden de varias razas. Unas son españolas, otras africanas, otras indias, pero aunque conservan en su fisonomía, sus respectivos rayos característicos, la índole de todos es idéntica y es ingenuamente tabogana. El clima del país lo somete y lo funde todo en una masa única. La atmósfera cálida y húmeda pule las asperezas de todos los temperamentos y el reposo de la placida bahía se apodera del alma mas inquieta. Todo contribuye á producir esta soñolienta y dulce tranquilidad. No hay allí la necesidad del trabajo, no hay concurrencia; no hay lucha, no hay cuidados que inspire al porvenir; no hay ninguna de aquellas causas que en otros países surcan la frente con arrugas prematuras y emponzoñan el corazón. Nada de esto existe en aquella isla encantadora. La inagotable naturaleza proporciona el pan de todos los días. En un clima de primavera perpetua hasta la construcción de una choza de cañas parece un trabajo superfluo; y á no ser por la implacable tiranía de la moda, ¿de qué serviría el vestirse donde no existe la necesidad de luchar contra el frío? Y sin embargo los hombres construyen chozas que parecen juguetes, y cultivan alrededor de ellas pequeños plantíos de maíz y yucas, y escaravan los troncos de los árboles penetran en el mar para añadir algun pescado á su banquete de vegetales. Otro alimento exquisito se les presenta sin que lo busquen: no exactamente como las aves de un paraíso situado en otro punto y donde es fama que andan ya asadas y con un cuchillo y un tenedor clavados en los costados, diciendo á todo el que quiere oír «comedme» sino en forma de una clase particular de cangrejo que en cierta estación del año baja de las colinas, y que casi voluntariamente se coloca en la cazuela. La cantidad de estos bichos, que constituyen un alimento agradable y sano, es incalculable. Parecen cubrir toda la superficie de la isla. Oyes un ruido como si fuese el goteo de la lluvia, y entonces se ve avanzar esa inundación de seres animados que va á buscar las aguas del Pacífico, en cuyas arenas depositan incalculables millones de ovas de donde salen nuevas legiones para la inundación de la estación siguiente. El tabogano hace entonces una provision ilimitada. La iguana, que es un lagarto enorme, proporciona otro bocado exquisito, y ofrece además los placeres y las emociones de la caza que se verifica con perros en los bosques.

Y el pueblo se divierte y engorda, porque nada tiene que hacer sino es gozar del placer de no hacer nada.

Los habitantes son indolentes, pero no perezosos, porque cuando quieren saben trabajar, y despliegan mucha fuerza y mucho vigor. Pero ¿qué molestarse trabajando? Su somnolencia está llena de gracia y de epicurismo. Parecen vivir y gozar embriagándose con la dulce y perfumada atmósfera que respiran, y escuchando la música de la brisa cuando juguetea entre las sinuosidades de aquella magnífica vegetación.

Las formas de las mujeres son hermosísimas, sus movimientos sueltos y naturales, su mirada suave y tranquila, y sus ojos grandes, negros y dormidos. Gustan para vestirse de colores brillantes, tan brillantes como los de los esmaltados insectos de la isla, cuyos cambiantes verdes, rojos y amarillos reflejan los rayos del sol. Deben sus galas á la galantería de los hombres, que llevan á Panamá de cuando en cuando un bote cargado con la fruta que se pudre en la isla, y obtienen en cambio los productos mas vistosos de los telares de Manchester. Pero las mujeres ostentan rara vez sus galas fuera de sus habitaciones. Cuando no tienen nada que hacer, que es la mayor parte del día, se columpian blandamente en sus hamacas, ó machacan el maíz que han de comer, ó hacen canastos con la hoja del palmero. He aquí un retrato que nos da un viajero de una de esas mujeres, retrato á que no se puede añadir un rasgo mas sin echarlo á perder: la mujer mas hermosa de la isla es Dolores. Tendida todo el día en su hamaca, saliendo solo al amanecer ó en la fresca tarde para bañarse en el riachuelo de Taboga, alimentándose con el esquisito maíz y el arroz y las delicadas frutas de la isla, su cutis ha adquirido toda la blancura y toda la suavidad, y sus formas toda la morbidez de las hermosas circasianas con que el sultan adorna su serrallo. Sus facciones tienen una espresion soñolienta é indiferente: pero la frescura y la voluptuosidad de su hermosa boca española y el fuego que centellea en sus ojos negros, le dan un brillo y un interés incomparables. Su pelo es negro como el azabache, y cae en espesas trenzas sobre sus redondas espaldas, que el traje caído permite descubrir en toda su blancura deslumbradora y en su completo y proporcionado desarrollo. Sus manos y sus pies son pequeños y blancos como los de casi todas las españolas. Todos se enamoran de Dolores, pero ella es muy coqueta, y bueno es hacer esta advertencia á los futuros viajeros.

Pero toda advertencia es inutil. Nadie puede dejar de querer á Dolores; y en cuanto á su coquetería forma una parte esencial de sus encantos. Es el estímulo que conserva el movimiento de la vida en Taboga, que impide que las dulzuras de la isla produzcan hastío, y que este dulce reposo se convierta en profundo sueño.

En este país los rasgos distintivos, aun de los animales inferiores son la gordura, la satisfacción y la lentitud en los movimientos. Los pelicanos, encumbrados en su roca, con el estómago repleto contemplan con ternura el mar, como un gloton satisfecho que contempla bocados esquisitos de que por ahora no puede hacer uso. Los peces que les suministran el alimento, están tan gordos como ellos. No existe en toda la isla un solo insecto ó reptil venenoso; y si alguno tiene veneno, está demasiado bien alimentado y disfruta en su pereza de demasiado buen humor para hacer uso de él. Los únicos charlatanes ruidosos que existen en este encantado recinto, son los pintados guacamayos, que ahogan en los bosques la dulce voz de la tórtola, y el grillo, cuyo agudo grito resuena en el timpano como el silbido remoto de la locomotora. Entre las flores que embalsaman la atmósfera, se distingue el *santo Espiritu* por su belleza y por el sentimiento religioso que lo santifica. Sus pétalos tienen la forma de una paloma, y casi reciben culto de los sencillos habitantes como simbolo del Espiritu Santo. Conviene además citar especialmente el *jaboncillo*, que es el jabon de la isla, y que no necesita mas preparacion que meter las hojas en agua para producir una espuma tan suave como la de los mejores jabones de la perfumería europea. Las mujeres hacen mucho uso de esta planta en sus baños, y le atribuyen la suavidad de su cutis y la magnífica abundancia de su pelo.

Pero el lector artista nos dirá que nos olvidamos de colocar las convenientes sombras en el cuadro que acabamos de trazar; que la misma Dolores no es mas que la mas elevada espresion de la hermosura, de la indolencia y de la coquetería de la isla, y que todo ello se coloca en el nivel monótono de la mar en calma. La critica es prematura, porque Taboga tiene una escepcion que interrumpe la monotonía de su tranquilidad y de su calma uniforme. Los demás habitantes sea cual fuere su origen, ya proviniesen de Oriente, Occidente, del N. ó del S., no pudieron oponer resistencia al espíritu de la localidad. Todos se amalgamaron en esa atmósfera suave, húmeda y perfumada que borró para siempre su identidad. Pero doña Juana, la médica, fué una escepcion desde el primer instante y lo sigue siendo hasta el día. Ni el mas antiguo habitante sabe cómo, cuando, ni por dónde vino á parar á Taboga. Allí estaba, y allí está, y esto es todo lo que se sabe. Alta, seca, huesosa, arrugada, de mirada terrible, de áspera voz y de genio irritable, con una cabellera del mas indudable color rojo, doña Juana se burlaba de las influencias locales. Existe en el pueblo un pie de moro del Mediterráneo, cuyas salvajes fantasías se han convertido en soñolientas aspiraciones, y cuyos afectos vacilan entre Dolores y un asado de iguana; pero doña Juana se monta en su toro, única cabalgadura en aquella region, mas tiesa que un palo, y arroja una mira la entre cólerica y desdeñosa al mundo que se agita á sus pies. Guía y conduce al toro. Su marido, uno de los blandos naturales de la isla, y ambos animales están gordos y ambos son obedientes y de

mirada tímida. Doña Juana es una escocesa que nadie sabe cómo ha ido á parar á aquella region desde las ásperas y áridas breñas de su país natal. Es temida y admirada por el toro, por el marido y en general por todos los isleños. Su destreza en el arte médica se considera casi como cosa sobrenatural. Ni un ángulo de su cara ha sido redondeado, ni suavizado un acento de su voz por la venigna influencia del clima. Le gusta el desaseo tanto como si no hubiese salido jamás de entre las montañas que la vieron nacer. Acurruçada en su choza, la mas baja, la mas sucia del pueblo, rodeada de botellas y papeles sucios, que contienen drogas nada limpias, parece en realidad una bruja. Por este retrato se conocerá que, bajo el punto de vista artístico, doña Juana es indispensable en esta agrañable region de indolencia, de calma y de sueño.

Taboga puede considerarse como el puerto de Panamá, que no tiene fondeadero seguro y al cual no pueden acercarse buques de mucho porte. Como Taboga tiene un fondeadero magnífico, uno de los mejores del mundo y que parece una dársena obra de colosales trabajos humanos, inútil es decir lo que será de la tranquilidad de la isla cuando con el ferro-carril pase por el istmo de Panamá el comercio del mundo entero. El paraíso que nos hemos complacido en describir con sus verdaderos colores, será entonces un *paraíso perdido*, á quien deseamos por cantor, porque lo merece, un nuevo Milton.

DEL TRAJE

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA,

DEL GUSTO Y DE LAS ARTES.

(Conclusion.)

Las modas sajones siguieron usándose mucho tiempo sin sufrir modificaciones, como sucede siempre en naciones pobres y austeras. Bajo este aspecto se diferenciaban también muy pocos los normandos, cuando desembarcaron del pueblo que acababan de conquistar. También se notaba en sus vestidos, lo mismo que en los de los sajones, el reflejo de las tradiciones romanas; pero iba á inaugurarse una nueva era en que fueron muy rápidos los progresos de lujo, y en la que subió de punto el espíritu de invención, hasta trocar poco á poco el aspecto de las dos razas, lentamente amalgamadas.

Para formarse una idea de todos los caprichos que invadieron paso á paso este lujo mal dirigido, todavía es preciso leer las vehe- entes sátiras que contra él se escribieron.

Mientras subsistió feudal, hubo en cada país de Europa dos clases enteramente distintas y separadas por un insondable abismo: el refinamiento de la elegancia y los caprichos del traje pertenecían exclusivamente á la clase que disfrutaba todas las riquezas, la ociosidad y los institutos de pompa; y la clase media, como mas pobre, mas modesta, mas fiel á sus tradiciones, se opuso mucho tiempo á las innovaciones costosas, y se limitó á imitar de cuando en cuando algunos adornos económicos y los caprichos ó superfluidades de escaso valor y de indisputable comodidad. Los aldeanos apenas participan en el día del movimiento que les transmiten las clases mas acomodadas despues de haberlo recibido de las de elevada esfera, las cuales disfrutaban por mucho tiempo la iniciativa; de manera, que el labrador del siglo XVI vestía con poca diferencia como en tiempo de los sajones. Los normandos empero, y en especial sus compañeros, habían innovado de un modo muy notable el grande é interesante arte del adorno individual.

Señala esta nueva era la invención de los corsés, con la cual forma M. Vairholt un punto de partida, una especie de égira. Indica desde esta solemne fecha las alteraciones sucesivas que experimentó el traje de las damas, como por ejemplo, las de las mangas, que prolongándose de día en día llegaron hasta el puño, y siguiendo su progresivo movimiento acababan por caer mas abajo que el mismo vestido, y se llegaron á hacer de diferente tela y de otro color que el resto del traje. No se paró hasta ajustar estrechamente el cuerpo con el vestido para dar mas brillo y realce á las proporciones y relieves del talle. Hemos visto una caricatura de la época (*Cotton Collection*, Nero, c. 4), que nos muestra á Cristo tentado por Satanás, el cual va vestido con el traje de una hermosa dama. Su talle está admirablemente ajustado; y se estrecha todavía mas con los esfuerzos de los cordones que le aprietan; sus mangas desmesuradamente largas están atadas sobre los brazos de esta extraña coqueta, y su saya, abierta por la cadera derecha, se anuda también en torno de sus pies. Las damas normandas habían dejado crecer sus cabellos imitando á sus señores y esposos, y formaban con ellos luengas trenzas que llegaban algunas veces hasta los pies; por lo regular las ataban á la altura de las caderas, y caían desde esta parte en numerosos rizos; mezclaban entre ellos piedras preciosas de diversos colores, y algunas veces los ocultaban en fundas de seda.

El traje anglo-normando se hizo mucho mas rico y variado durante el reinado de Enrique II, y desde esta época se distinguen y conocen con mas exactitud los cambios de la moda, pues han llegado hasta nuestros días las estatuas de bronce con que se adornaban los monumentos funerarios, á pesar de las mutilaciones de los iconoclastas, protestantes ó republicanos. Desde el rey Juan las modas reflejaron de un modo sorprendente el carácter político de cada reinado. Fueron frívolas y alegres en el reinado del débil Enrique III; mas sencillas y varoniles en el de Eduardo I, y degeneraron en extravagantes mientras su hijo gobernó tan loca y desalentadamente el reino. Apenas fueron bastantes el hambre, la peste y todos los desastres públicos que afligieron el reinado de Eduardo III para contener los suntuosos excesos á que se habían acostumbrado sus vasallos, y que volvieron á aparecer con una especie de furor en el de Ricardo II y anunciaron la caída de la dinastía.

Hemos hallado en los escritos de un monje desconocido el esceso de vanidad que porían las damas de los tiempos de Eduardo I en llevar mas larga que todas las demas la cola de sus vestidos.

He oído hablar, dice este sencillo religioso, de una mujer orgullosa que llevaba un vestido blanco de tan desmesurada longitud, que le arrastraba hasta levantar el polvo de los templos. Cierta día al salir de uno de ellos tuvo que alzar tan largo colgajo para atravesar una balsa de la calle, y un santo hombre que se hallaba en aquel sitio vió un demonio que se estornillaba de risa. Habiéndole preguntado por qué se reía de aquel modo, el diablo le respondió con estas palabras: «Se hallaba sentado sobre la cola de esa mujer uno de mis camaradas, sirviéndose de ella como de un carro que lo conducía; pero cuando la ha levantado de pronto, el infeliz ha caído de espaldas y se ha embaldonado con el cieno todo su cuerpo. Esta ocurrencia es lo que me hace reír con tanto gusto».

M. Fairholt cita otra historia donde se ve cómo recibían las gentes sensatas las nuevas modas que se querían introducir en Inglaterra al terminar el reinado de Eduardo III, entre otras la del traje que acababa de ser imitado de Alemania.

Dos hermanos, llamados el uno sir Raoul y el otro sir Pedro de Luge, se vanagloriaban de reprimirse en todas las cosas contrarias al decoro.

Un día asistió sir Pedro á un gran banquete, adonde llegó antes de haber tomado nadie asiento en la mesa, un joven escudero que saludó á los convidados. Llevaba éste un raro sayo á la moda alemana, y acercándose de esta suerte hacia los caballeros y las damas, hacia repetidas reverencias. Cuando le vió sir Pedro, le llamó en alta voz delante de todos los circunstantes y le preguntó dónde tenía su viola, (*edyle*, *fliddle*) ó su rabel (*ribble*) ó el instrumento de que se sirviera como juglar. «Señor, respondió el escudero, ninguno de esos instrumentos pertenece á mi carrera ni á mi ciencia.—Sir, replicó el caballero, no me es posible dar crédito á lo que acabais de decir, pues vuestro arreo y vuestro traje son propios de un verdadero trovador. Yo he conocido á todos vuestros antepasados los caballeros y escuderos de vuestro linaje, que eran valientes y esforzados; pero no he visto á ninguno tan extravagantemente disfrazado ni con el traje que os cubre.» El escudero respondió entonces al caballero diciendo: Sir, si os disgusta mi vestido, pronto voy á despojarme de él.» Y llamó á un paje á quien entregó su sayo, poniéndose en su lugar otro traje, y toda la concurrencia aplaudió tan acertada enmienda.

El traje de los hombres aumentó en riqueza y afeminación de un modo muy notable desde el fin del reinado de Ricardo II hasta el de Enrique VII. Se necesitaba el auxilio del grabado para describirlos anchos vestidos y las mangas de encaje que usaban los elegantes de aquella época. Apenas podría hacerse notar una débil reacción hacia la sencillez de los trajes durante el reinado de Enrique IV, y esta reacción fué seguida en el de Eduardo III de un desbordamiento en sentido opuesto. Todo el siglo XV tuvo un carácter uniforme de fanfarronada exterior y de suntuosidad. El lujo invadió hasta los mismos sirvientes.

Oceleba compuso sobre este asunto un poema satírico, donde se desenreda contra el orgullo de los criados, la insolente riqueza de sus vestidos, su desear en llevar mantos de escarlata de doce varas de longitud, con mangas que barren el suelo, y que están forradas por encima de los puños con pieles que valen mas de 20 libras; el buen poeta pregunta cómo podrían defender á su señoría fuese acometido repentinamente, yendo vestidos de aquel modo, y siendo así que sus brazos tienen bastante trabajo con sostener unas mangas tan desmesuradas.

«Mejor defensa podrían hacer las mujeres,» continúa amargamente el poeta; y preguntándose en seguida para qué pueden servir semejantes criados, acaba por encontrar su verdadera y única utilidad: «No habrá ya necesidad de escobas para barrer el cieno de las calles, porque bastarán para quitarlo, ya esté húmedo, ya seco, las mangas flotantes de esos insolentes y desvengonzados lacayos.

COSTUMBRES Y CREENCIAS RELIGIOSAS.

EL PADRINO NÚMEN.

(Conclusion.)

En sustancia, todo esto no es mas que una broma, último vestigio de una fábula que renace todos los años por la propensión de los niños á todo lo que parece maravilloso. Algunos puritanos condenan estas costumbres lo mismo que los cuentos de las brujas; pero la tradicion prevalece sobre la severidad del buen sentido, y lo que se hizo en tiempos inmemoriales en las familias, se continuará practicando todavia por muchos siglos.

No obstante, bajo la idea de este juguete tan decantado por los niños, se encubre un antiguo germen de supersticion, imperdonable por lo que respecta á los adultos. En el departamento del Ain, principalmente en la comarca de Ger, las jóvenes van al amanecer á la cocina no para recoger las estrenas, que saben encontrar en otra parte, sino para observar el piso del hogar. Según la disposicion en que se halla la ceniza, amontonada, estendida, desparramada ó en forma de embudo, se pronostica un nacimiento, un matrimonio, una muerte. Este oráculo que cae por la chimenea durante la noche, no parece dejar duda en las viejas, al paso que se rien de la credulidad de sus pequeños metos. Con razon puede decirse en este caso: *Nadie se burla de sus semejantes*.

Dos jóvenes bresanos, bachilleros nuevos, desembarcados de Poillat y Curtafund, vivian en Paris en la mas estrecha comunidad de ambicion, estudio y miseria. El uno pretendia eclipsar al presidente Favre, y el otro envidiaba á Bichat. Un antiguo cocinero de Pont-de-Veyle, que pasó á jefe ó mayordomo de la casa del principe Ghe, les habia proporcionado en las habitaciones de familia del vasto palacio de su amo, cerca del tejado, un malísimo desvan amueblado de mala manera; y un ajuste muy módico aseguraba á los estudiantes una buena porcion de las sobras de la mesa del principe; vivian bien, sus comidas eran muy arregladas; pero no se juntaban nunca. Esta compañía, consolidada por la amistad, hacia menos dolorosa la escasez permanente de dinero.

Una noche, víspera de año nuevo, habian trabajado hasta muy tarde; el aire cortaba la epidérmis, y los dos compañeros, inseparables, para evitar la corriente, que mucho les molestaba, habian transformado sus dos inmensos cofres vacíos en una especie de barraca ó garita, en la que estaban algo mas resguardados, pero cometieron la torpeza de acurrucarse delante de la chimenea, porque calentaba frescamente desde que se quemó el último pedazo de madera del haz de leña postrero, y hasta la vela agonizaba. Cada cual en su garita se sopla las yemas de los dedos; el futuro médico silbaba como un tordo, mas al fin prorrumpió. — ¡Qué suerte tan perversa es la nuestra! Alojados como peones de albañil, alimentados de restos como lacayos, estamos en vísperas del día primero de Enero, condenados á las estrenas forzosas, ¡sin recompensa y sin nada en el bolsillo!... El amigo de este descontento, que estaba dotado de una gran resignacion, profesaba, para el mejor servicio de la comunidad, una porcion de teorías consoladoras. — A nuestra edad, el ilustre Ampère, dijo, ¡no tenia un cuarto ni una blanca, y no sabia nada! Así, pues, nosotros le aventajamos. J. J. Gail, el primer helenista de nuestra época, que posee á esta fecha veinte mil francos de renta, ha sido alternativamente pordiosero y criado. Menos exigente que nosotros, se consideraba muy dichoso en recibir en el hospicio Montaigu las sobras de judías y lentejas, que fueron su alimento hasta la edad de diez y seis años, y entonces pasó á mozo mandadero de un director de colegio de Paris. Este hombre honrado, habiendo conocido las disposiciones extraordinarias de su criado para la lengua griega, le hizo pasar de la antesala á los escaños de la cátedra. Lo demás tú lo sabes, y estos pormenores hasta ahora inéditos, respondo de que son verídicos. — Todo eso es excelente y bueno, querido optimista, pero no remedia las necesidades de mañana: por mi parte no sé á qué santo encomendarme, y me parece que Dios y el diablo se han vuelto sordos, por lo menos con respecto á nuestras súplicas.

— ¡Ingrato; impío, todo lo has perdido, todo! hasta la religiosidad de la memoria. El año que concluye ya no existe; el que viene no ha llegado todavia: están dando las doce: en este momento sube al cielo nuestro viejo amigo el Padrino Númen. — Por Dios, que tienes razon... ¡Si yo le invocara!... — Si tú le invocas, alargo mi gorra sin miedo de que se queme, porque el hogar está helado como la tumba; y por mi parte no pretendo menos de veinticinco luises de oro.

El estudiante de medicina hizo con sus manos una vocina, y arrodillado delante de la boca de la chimenea, gritó: ¡Buen día y mejor año, gentil Padrino, Padrino Númen, dones abundantes á los verdaderos creyentes!... La brisa sola respondió. El estudiante de derecho

colocó respetuosamente su gorra sobre los morrillos, y habiéndose concluido la vela, los dos pobres bresanos retrocedieron á tientas hasta sus miserables hamacas, para conciliar el sueño con el ruido lejano de las alboradas militares.

Al día siguiente, no recordando la invocacion de la noche, el mas vigilante de los dos amigos vió en la gorra al levantarse... ¡acertad qué!... una grande esponja: cogerla, examinarla, enseñársela á su compañero, fué lo bastante para celebrar el año nuevo con un dúo jovial de carcajadas. — ¡Regalo singular! nada le falta, dijo, ni la carta de remision. — En efecto, en el centro de la esponja habia una cortadura, y en ella estaba colocado un pequeño cañuto de papel; era precisamente lo que llaman los ingleses un cheek, que habia sido cortado de un libro de billetes de banco, y en su canto y en la filigrana se veia impreso el nombre de Santiago Lafitte. Desde el Cénit de 1.º de Enero de 18... recibido de M. Santiago Lafitte la suma de mil francos en dos cartuchos de veinticinco luises, — firmado — el Padrino Númen. Un poco mas abajo: — al portador. — ¡Qué diablos es esto? dijo el uno. — Una broma, respondió el otro; estamos mistificados: sin duda alguno se mofa de nuestras miserias; me haré dar razon, y á fin de aprovechar nuestros dulces deseos, voy á prepararme para inspeccionar la chimenea. — Un momento, repuso el abogado, este mandato diabólico está anotado: *Hoy 1.º de Enero la caja se cierra á las diez*; entre paréntesis: ¡La fé es la que salva!

Mientras el estudiante de medicina se disponia á subir por el ahumado cañon de la chimenea, el abogado en ciernes dando un puntapié á la esponja y cogiendo la gorra, tomó el trote y se presentó antes de las diez en la casa de Lafitte; el cajero estaba de guardia. — ¡Paga usted esto? preguntó con desenvoltura el estudiante. — Hay aviso y fondos, respondió el cajero, despachémonos, porque hoy es fiesta. — Esplíqueme usted... — Nada tengo que decir, sino que estoy pronto á pagar en plata, en billetes de banco, hasta en oro, si usted lo exige. — Estoy por el oro, respondió el estudiante. Al instante le fueron contados los cincuenta luises, y al recibirlos le temblaba la mano, como si estuviese azogado. Corrió flechado á su casa, y encontró al amigo de un humor pésimo, negro de hollin y de desolladuras, jurando como un desdichado, porque en poco estuvo que no reventara en el conducto de la chimenea, que ciertamente era demasiado estrecho para un limpia-chimeneas de su especie y corpulencia.

Después que hubo visto bien y palpado mejor las monedillas de oro, que se obstinaba en creer que eran flechas de metal, prestó al fin crédito, y su alma y sus ojos se dilataron.

— ¡Esto, amigo mio, parece muy positivo!... — Bien se deja conocer, respondió el compañero; el Padrino sin duda no tenia moneda, y nos ha dado un bono contra su banquero. En este momento llamaron á la puerta: el oro se ocultó al momento, y los jóvenes abrieron la puerta, y se encontraron con el mayordomo, vestido de gala, que iba á felicitarles por el año nuevo, y á convidarles de parte del principe á comer con él aquel mismo día. Cien observaciones que les facilitaba su mal guarda-ropa, lo poco acostumbrados que estaban á la sociedad, algunos compromisos anteriores y otras excusas improvisadas é inconexas, nada sirvieron, porque el principe queria á toda costa comer solo con ellos. Después de mil evasivas, y de una resistencia obstinada, el mayordomo ganó su pleito, y á eso de las cinco los dos estudiantes, vestidos de fiesta, se presentaron en los estrados del principe.

Habia éste determinado estar muy amable; la comida fué alegre, el misterio que estaba bastante claro se descubrió completamente durante los postres. Era el principe de Ghe... un astrónomo distinguido, y habia hecho construir un elevado mirador de hierro, cerrado con cristales, en el cual habia establecido su observatorio, y se subia á él desde su habitacion por una escalera de caracol, de la que nadie mas que él se servia. Una estufa dispuesta científicamente comunicaba á aquella elevacion una temperatura, que permitia pasar allí las noches de invierno sin sentir el frío.

Por una mera é imprevista casualidad, los tubos caloríferos y los conductos respiratorios inmediatos del cañon de la chimenea contigua, habian establecido de arriba abajo una comunicacion acústica, que hacia que el principe fuese confidente involuntario de los dos estudiantes, cuantas veces estos se arrimaban á la mezquina chimenea.

Cediendo el principe á la complacencia de satisfacer un voto tan justamente motivado, habia puesto un bono en una esponja, que por incidencia cayera bajo su mano, la cual por sus condiciones podia caer sin hacer ruido, y encontró el medio de tirarla á tiempo y en paraje á propósito, y de prevenir oportunamente al cajero como se ha visto.

Tuvo el talento de hacerse perdonar su liberalidad algo atrevida; pero tanta fué su amabilidad en ofrecer su proteccion, que no hubo modo de resistir. Los dos amigos ocupan hoy en el mundo culto puestos muy elevados y distinguidos, que sin duda deben á su mérito,

como tambien al favor constante del Padrino Nùmen que tan oportunamente invocaron.

MARTIN REY.

EL GRUPO FOSIL.

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL PERÙ.

(Conclusión.)

—Tú no irás mas allá, Juan, ó bien haremos el viaje juntos; dejarte por unahora, es superior á mis fuerzas, y comprendo que carezco de ellas lejos de tí... El odio del hombre concluye, solo nuestro amor es eterno aquí abajo. Si, Juan mio, velaremos por nuestro querido hijo y el día que digamos adios á la vida, señalaremos con el dedo á nuestros hijos el camino que hemos seguido para venir de Quito hasta aquí. El hijo plantará una cruz en nuestro único sepulcro, y mostrándosela á españoles y curacas, les contará nuestro infortunio con una elocuencia filial tan persuasiva, que le perdonarán su nacimiento y sus lágrimas.

—¡Qué triste porvenir te he abierto, amiga mia! exclamó Torrijos golpeándose la frente con violencia, perdona mi amor, que solo ha consultado su interés en esta resolución. Tú me has enseñado, Kalida, que la vida de aquel que ama, se encierra entera en la mujer amada. Un pensamiento tuyo vale mas que todos los que encierra mi cabeza y mi corazón, y si algun día...

—¡Calla, calla! dijo la peruana, medio levantándose; ¿no has oído un suspiro, un quejido?

—Lo creo, lo temo...

—¡Tú ves, pues, que todo ser viviente es nuestro enemigo, puesto que lo tememos!

—Yo no temo sino por tí.

—¿Somos dos desde que nos conocemos? dijo Kalida sintiéndose madre y esposa á la vez. Un peligro nos amenaza, lo veo, vamos hácia él, Torrijos, afrontémoslo unidos el uno con el otro. Ven, ven...

Una Peña enorme, en cuyas endiduras se veían vigorosas lianas, semejantes á serpientes dormidas, separaba á nuestros amantes del punto de donde creían que habia partido el ruido: con el puñal en la mano, avanzan con precaucion, pasos mesurados, ojo inquieto y mirada atenta.

¡Era un jaguar acurrucado junto á su hembra muerta!

Kalida cayó de rodillas y palideció. Iba á ser madre: la sorpresa, el espanto apresuraban el momento de librar; pero valerosa consigo, temblando por su hijo, resistía al dolor, y no exhalaba un quejido; mientras que Torrijos, sin atreverse á preguntarla, la sostenía con el brazo izquierdo, siguiendo con mirada amenazadora la mirada suplicante del jaguar, tendido sobre el cadáver de su compañera.

Si el tigre real tiene su ternura, el jaguar de América tambien la tiene, y el cuadrúpedo muerto casi de hambre, no habia querido ir á buscar lejos víveres, que no podia partir con la compañera de sus devastaciones. El aguardaba la muerte, y delante de él, á pocos pasos, un niño recibía la vida.

¿Qué hacer?

El sol habia recorrido la mitad de su carrera; Kalida, casi sin fuerza, apenas se sostenía, y el jaguar, cuyo fatal instinto podia despertarse pronto ó tarde, no permitía la indecision en el ánimo del español.

—No te muevas, dijo á la peruana, uno de los cuatro sobra, déjame matar al tigre, y despues, yo tengo bastante fuerza para llevarte á tí y á tu hijo hasta nuestra cabaña, no te muevas.

Y marchaba con la daga en una mano, y la pistola en la otra.

—Parece que p de misericordia, dijo Kalida con voz apenas inteligible, no lo mates, sufre, y además, si tú sucumbes, la madre y el hijo morirán sin sepultura.

Torrijos aspiraba ya el aliento fétido del jaguar, apenas estaba á cuatro pasos de él, apunta, y va á hacer partir el tiro. La bestia feroz se echa y aguarda. El español ha visto la herida de bala que ha causado la muerte á la hembra del jaguar, aparta la puntería, los compañeros de Pizarro no pueden estar lejos, el silencio, pues, y el aislamiento pueden solo salvar á Kalida y á Torrijos, permitiéndoles retroceder.

—Valor, amiga, valor, le dijo, el jaguar no es nuestro mas temible enemigo, valor, noble hija de los Incas, ó caemos bajo los golpes de nuestros opresores.

Era preciso alejarse de aquel campo de batalla, que iba tal vez á convertirse en campo mortal. Torrijos cogió en brazos á la peruana, y siguió lentamente el sendero que habian atravesado por la mañana; pero la energía del hombre tiene límites. El infeliz se vió obligado á detenerse no lejos del jaguar abandonado: hizo con la capa una cama, donde colocó á Kalida y su hijo, y aguardó que la noche estrellada del rópico, pasara para volver al risueño valle.

La fatiga lo adormeció: su compañera dormía á su lado. Al despertarse, eran cuatro bajo la roca protectora. Parecido á un dogo domesticado, el jaguar agradecido, habia seguido al español, y habia venido á tenderse junto á él.

—Ya lo ves, dijo Kalida sin turbarse al abrir los ojos, la generosidad da amigos; este tigre no tiene dientes ni uñas contra nosotros, tiene un corazón. Levantémonos, y si nos acompaña, bien venido sea.

Los dos pobres desterrados su pusieron en marcha, y el jaguar los siguió como un perro dócil. Apenas habian dado la vuelta á la Peña que les servió de abrigo, cuando el fogoso cuadrúpedo brincó y rugió á la vez. Araña la tierra, agita la cola, ruge y pasea su lengua áspera y encarnada alrededor de los labios febrilmente contraidos: sus ojos, antes apagados y frios, lanzan vivas centellas, y parece que buscan un enemigo á quien devorar. Torrijos se puso en ademán de matarlo.

—Detente de nuevo, le dijo Kalida, el jaguar no está rabioso contra nosotros; su rabia nos protege, mira, mira, nos persiguen.

Un ruido sordo y prolongado, semejante á la voz de lejana catarata, llegó hasta los fugitivos. Torrijos, sin volver á pensar en la rabia del jaguar, se dirigió á un montecillo, desde el cual podia examinar el terreno.



(Aventuras de un loco coronado.)

—¡Allí están, gritó, allí están! son los españoles, nuestros enemigos; se dispersan, nos han visto, han visto al tigre, y lo dejarán por nosotros... Ven, Kalida, no les demos el placer de matarnos; los conozco, la tortura precede la muerte.

—A los ojos de tu Dios y á los del mío, el suicidio es un crimen, dijo la peruana con voz sumisa; la tortura es el martirio, y el martirio da el cielo.

—¡Bueno! sea, dijo Torrijos precipitando la marcha de su desgraciada compañera. Busquemos un asilo en el que nuestros enemigos no puedan alcanzarnos; subamos á la cima mas escarpada que nos domina; quizás nuestras divindades reunidas nos librarán del peligro que nos amenaza.

Kalida siguió á Torrijos, y como si Dios los hubiera oído, descubrieron cerca de ellos, sobre su cabeza, la abertura de una gruta, donde segun las apariencias, no vendrían á burcarlos.

¡Ah! ¡quién puede sonar los decretos del Eterno!

El jaguar, por su parte, no abandonaba su puesto, y seguía con su pupila amarilla los movimientos de los españoles, próximos ya al cuadrúpedo herido por ellos.

Una bala silba, y se aplasta en la roca, que sirve de muro á la mansion de Torrijos y Kalida. Toda resistencia es imposible: levantan los ojos al cielo, y se deslizan encorvándose dentro de la gruta misteriosa.

Nuevos tiros de fusil se oyen: el enemigo no está lejos; el jaguar lo espera.

Mientras que los ginetes buscan fácil paso para sus caballos, no acostumbrados á tan difíciles ascensiones, algunos ágiles peones trepan por las agudas peñas de la montaña, y llegan cerca de la bestia feroz. Lo que el tigre no hubiera hecho por él, lo hace por los que lo han protegido. Sin atender al peligro, sin contar el número de los enemigos, se lanza sobre el mas temerario de los españoles, y rueda con él sobre el césped mezclado de abrojos. Ya hay un adversario menos: una presión de la quijada le ha quebrantado el cráneo, y como el olor de la sangre estimula al cuadrúpedo parte otra vez, y se encuentra en presencia de dos combatientes unidos para luchar: una bala silba; la espaldilla del jaguar la recibe; el cazador es derribado igualmente, y cuando el cuarto enemigo se presenta, el tercero no puede ya serle útil, porque su cuerpo no tiene movimiento, y la sangre corre por veinte heridas. La fiera no aparta la vista de un peruano que habia hasta entonces guiado la marcha de los vencedores; el animal se dispone á saltar de nuevo pero otra bala le entra por el pescuezo, y lo derriba en tierra; se agita, ruge, hace un esfuerzo para volver á vengarse, sus músculos se dilatan, anda hácia atras, y va no por instinto, sino por gratitud, á ponerse de centinela ante la gruta de Torrijos y de Kalida, ¡y allí espira!

Los españoles lo han seguido. Sus enemigos no tienen escape, las pisadas de los fugitivos han quedado señaladas en la tierra húmeda; allí están, y si su energía los tiene allí cautivos, quizás pasarán siglos sin que se encuentren sus huesos emblanquecidos.

—Os hemos seguido, gritó un soldado con voz estentórea; Pizarro os perdonará; venid, ó no volveréis á ver la luz.

El silencio respondió á la amenaza repetida del soldado, y pronto, como la noche avanzase, como el sol bañaba solo la cima de las montañas con sus pálidos rayos, como los ginetes no podían llegar hasta allí, una vez satisfecha su venganza, los españoles, dóciles á las órdenes de sus jefes, hicieron rodar algunas peñas, y las colocaron, obstruyéndola delante de la boca de la cueva.

—Esta es vuestra tumba, dijo una voz solemne.

—Aceptamos nuestra tumba, respondió una voz lúgubre.

Y el silencio se extendió por la montaña, y no se oyó ni el paso de los caballos, ni el rugido lastimero del tigre, ni el último suspiro de los cautivos.

Hoy, cuando el hombre estudioso visita estas comarcas desiertas, ve con estupor profundo, en la falda del Capaio, rocas sólidas representando, como el pincel del estatuario, cabezas, brazos torsos, los unos junto á los otros; además formas humanas esparcidas por el suelo, semejantes á las esfinges solitarias, que la ciencia descubre en la arena, cerca de las ruinas de Ménfis en la tumba.

Y ahora, armaos de valor, si queréis ver sin emocion aquí, cerca de vosotros, en el curioso gabinete de historia natural del Museo el grupo tan dramático que os señalo con el dedo.

Un hombre, una mujer, amarillos como pergamino viejo, desplomados sobre sí mismo, aquel con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre la mano; esta con la rica y negra caballera que arrastra por el suelo, extendiendo los brazos para proteger un niño, cuyas tiernas carnes no han podido resistir al roce del tiempo, pero que ha dejado impresa su señal, en el costado consumido de su desgraciada madre.

¡Cuánto dolor en estas dos figuras sin movimiento! El hambre, la sed, el tormento de un impotente alivio del objeto amado; la desesperación comprimida, el heroísmo del sacrificio, la mas santa ternura maternal, el mas celestial martirio... Los dientes son hermosos, brillantes... habia juventud; los músculos se marcan perfectamente... habia en ellos fuerza y una naturaleza privilegiada.

Poned el dedo en esta hija de los Incas; tocad con la mano el ancho pecho español; allí debajo han latido, hace siglos, corazones enérgicos, que solo pudo belar la nieve amontonada del Capaio.

¡Paz á Torrijos! ¡paz á Kalida!

F. B.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Es que cuando se tiene un ejército de ochenta mil hombres bajo las murallas de Narva no se le deja como él acaba de hacer hace veinte y cuatro horas.

—¿Quién te ha dicho eso? gritó el extranjero alto enderezándose en toda la elevación de su talla.

—¿Qué? ¿Pedro Alexiowitz no está con su ejército? exclamó casi con la misma energía Carlos XII.

El compañero del extranjero alto, habia palidecido y perdido su serenidad á pesar de la cantidad de aguardiente que habia bebido.

—¿Qué nos importa á los cuatro, añadió sin embargo, que Pedro Alexiowitz haya dejado ó no su ejército?

—Al hecho! que nos importa, repuso el leñador, mas y mas convencido de que aquellas gentes tanto eran mercaderes como él leñador.

—Ah! ha dejado su ejército, murmuraba Carlos XII riendo en su rincón de la chimenea y calentando la suela de las botas.

—Un ejército de ochenta mil hombres volvió á decir el leñador.

—Pero se dice, repuso el extranjero, acercando un vaso de aguardiente á sus labios á fin de impedir que se viese la espresion convulsiva de su semblante, que no le ha dejado mas que para ponerse á la cabeza de otro cuerpo de ejército de cuarenta mil hombres.

—¿Qué! repuso Carlos XII volviendo un poco su rostro del fuego: ¿no tenia bastante con ochenta mil hombres y necesita aun cuarenta mil para batirse con un ejército seis veces menos fuerte que el suyo?

—Vamos! decididamente tiene miedo á Carlos XII, dijo el leñador examinando el rostro de los cuatro huéspedes.

Miedo! exclamaron á la vez los dos extranjeros que habian bebido aguardiente. Has mentido!... p...

—Pues bien! será por exceso de valor, si queréis, el que se vaya la vispera del día en que su ejército debe dar la batalla....

—¿Quién te ha dicho, dijo Carlos XII al leñador, que el Czar ha partido y dejado su ejército?... ¿Las pruebas?....

—Me preguntais mucho, huéspedes míos....

—Si te obligase á responder gritó el extranjero dando un puñetazo sobre la mesa que la hendió en toda su longitud.

—Me obligaríais en ese caso á hacer suposiciones.

Hubo un silencio general en la cabaña.

—Escucha, dijo en seguida Carlos XII al leñador dulcificando mucho su voz.... Tengo algun interés en esta guerra.... aquí tienes una moneda de oro y dime.... qué hay de verdad en lo que nos has dicho... puedes hablar delante de estas gentes que son como nosotros mercaderes alemanes....

El leñador que estaba muy lejos de creer que aquellos fuesen mercaderes alemanes, aparentó no haber oído la proposición.

—He aquí otras diez monedas de oro... ¿hablarás?

En mismo silencio por parte del leñador que se convenció mas que nunca de que aquellos no eran mercaderes.

—Te doy ciento, exclamó Carlos XII, que estaba mas interesado que nadie en saber si era verdad ó no que Pedro, su rival, hubiese dejado su ejército la vispera del combate.

—Cien monedas de oro, pensó el leñador, no me equivocaba: tan o son ellos comerciantes como yo....

—Doscientas, añadió Carlos XII.

El leñador sonreía.

—Mil, replicó Carlos XII.

—Al fin qué os importa? preguntó el extranjero á Carlos XII cuando le vió pagar de aquella manera exorbitante.

—Y á vos.

—A mí!

—Sí.

—Mirad, dijo el leñador mirándolos á los dos de lado.

—Ahora sé quiénes sois uno y otro.

Los cuatro extranjeros con un mismo movimiento llevaron precipitadamente sus manos á su cintura para coger sus pistolas.

—¿Queréis que os lo diga?

No, respondieron al mismo tiempo Reginold y el compañero del extranjero alto, mientras que éste y Carlos XII guardaban silencio; no, es inútil.

—Por qué? exclamó Carlos XII, colocándose contra la puerta pronto en todo caso á hacer frente al peligro de una revelación que iba á descubrir á dos partidarios encarnizados y singularmente vigorosos de Pedro Alexiowitz.

Quiero hablar respondió el leñador que habia saltado tambien sobre su hacha; pero vos me habeis prometido mil monedas de oro.

Y designaba á Carlos XII.

—La tendrás, respondió éste.

—¿Quién me responde de ello?

—Mi palabra.

—¿Palabra de comerciante?

—No.

—¿De quién?

Carlos XII, despues de haber permanecido un instante como cortado, replicó, metiendo la mano en lo que él creia el bolsillo de su traje: Toma, ahí tienes por lo pronto mi bolsa.

Un retrato rodeado con un círculo de diamantes, rodó por el suelo.

Bájose el leñador para recogerlo.

Cárlos XII, en vez de arrojar su bolsa había cogido en el bolsillo de su casaca de Reginold que él llevaba, el primer objeto que le había venido á la mano.

Su sorpresa le descubrió; su prudencia no estuvo bastante pronta para impedirle esclamar:

—El retrato de la condesa de Koenigsmarck!

—De la condesa de Koenigsmarck; repitió el extranjero acercándose al falso leñador, que examinaba el retrato á la vacilante luz de la lámpara.

—Cuando yo le creía en el fondo del Báltico! pensó Cárlos XII. ¿Qué quiere decir?...

Reginold hubiera querido estar en el fondo de aquel mar borrasco.

Y las otras cuatro personas que ocupaban la cabaña miraron con sentimientos muy diversos aquella imagen que tenía en sus manos el leñador.

El primero que rompió el silencio despues de aquella larga contemplacion fué el extranjero alto.

—Ese retrato, dijo, no es seguramente de la condesa de Koenigsmarck.

—Os equivocais, replicó Cárlos XII; ese retrato es el suyo.

—Algunas apariencias falsas de semejanza tal vez; pero no es ella.

—Yo afirmo que es ella, dijo Cárlos XII.

—Yo afirmo lo contrario, sostuvo el extranjero.

—Yo la conozco, añadió el rey de Suecia.

—Tambien la conozco yo, caballero.

—No tanto como yo.

—Mas que vos, caballero.

—Amigo, dijo Cárlos XII á Reginold, con una sonrisa que parecia decir: las esplicaciones entre nosotros vendrán mas tarde: atestigüad que ese retrato es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Lo atestigüo por la salvacion de mi alma.

—Pues bien: vuestra alma no gustará las dulzuras de la salvacion, porque yo sostengo contra vos, como he sostenido contra este caballero, que ese retrato no es el de la condesa de Koenigsmarck.

—Pues si tiene el mayor parecido; protestó Rignold.

—Es que entonces, prosiguió el extranjero, se parece á alguna otra persona mas que á la condesa de Koenigsmarck.

—No se parece mas que á ella sola, y cuando mi compañero y yo lo afirmamos contra vos, que no teneis mas que vuestra opinion aislada, deberiais callaros y adheriros á nuestra opinion.

—Ni lo uno ni lo otro; objetó el extranjero, poco dispuesto á hacer aquellas dos concesiones: vais á ver por lo pronto que mi opinion no es aislada, camarada.

Y se dirigió á aquel que había preparado los pasteles.

—Camarada, con la mano sobre vuestra conciencia, decid quién de nosotros tiene razon.

—Vos. Ese rostro no fué nunca el de la condesa de Koenigsmarck lo juro.

Cárlos XII y Reginold se miraron. Ante aquellos dos testimonios tan firmemente sostenidos, comenzaban á sentirse un poco desconcertados. Sin embargo, nunca se resignaron á creer que aquel retrato, cuya semejanza le era dudosa, no fuese otro que el de la condesa de Koenigsmarck.

—Pues bien, camarada, ¿estais convencidos ahora? preguntó el extranjero á Cárlos XII y á Reginold.

—No; no lo esaremos jamás, porque ¿quién había de ser esa mujer?

—Lo ignoramos.

—¿Cómo se llama?

—Como os agrade, escepto condesa de Koenigsmarck.

Al fin y al cabo no sono mas que dos, contra dos, añadió Cárlos XII, que queria pruebas y que no las aceptaba.

—Tres contra dos, dijo entonces el leñador, que hasta entonces no había tomado parte en la discusion.

—¿Y á qué partido perteneces tú? preguntó Cárlos XII.

—Contra vos.

—Qué, ¿tú sostienes tambien?...

—Que este retrato no es el de la condesa de Koenigsmarck, y que es ignorancia ó locura pretenderlo.

—Pero tú la conoces? preguntó Cárlos XII al leñador.

—Sí.

—Pero cómo?

—¿Qué os importa? respondió el falso leñador, poniendo el retrato en el bolsillo.

Arrancóselo Reginold de las manos... y lo devolvió al rey.

—Se me ha dado por mil monedas de oro, dijo el leñador.

—Aquí las tienes, dijo Reginold.

—A las mil maravillas.

—Ahora vais á hablar, añadió Cárlos XII, que mas pronto volveria de la muerte que de una temeridad. Por otra parte, aun cuando le importase mas que nunca saber si Pedro Alexiowitch había ó no dejado su ejército, deseaba mucho conocer quién era aquel hombre, tan instruido en las cosas del mundo en medio de sus bosques.

—Habla ó cuenta con un pistoletazo en la cabeza, si no hablas.

—Pues bien, voy á deciros quiénes sois todos cuatro.

—Hablarás.

—Pues bien, sois... cuatro espías... vosotros dos, espías de Pedro de Rusia; vosotros dos, de Cárlos XII.

—No sabemos nada, pensaron los cuatro extranjeros.

—¿Es eso? preguntó en seguida el espía.

Los dos extranjeros guardaron silencio.

—Y tú, ¿quién eres? preguntaron á la vez Cárlos XII y el extranjero de elevada estatura, al leñador, cogiéndole vigorosamente por los hombros y levantándole como para aplastarle.

—Ya os lo he dicho: un leñador.

—Mientes!..

—Salvaos! gritaron á la vez en aquel momento Reginold y el compañero del que estrechaba al leñador.

—Esta cabaña arde... mirad...

El extranjero y Cárlos XII, soltando al leñador, se vieron en efecto obligados bien pronto á pensar en su salvacion. El fuego estaba en la cueva de la cabaña, y las llamas penetraban ya el piso. El espía había abrasado los toneles de aguardiente que se encontraban allí para consumir en pocos minutos el observatorio donde había establecido su espionaje.

—A caballo, gritó Cárlos XII á Reginold.

—A caballo, dijo el extranjero á su compañero.

Todos cuatro se lanzaron á través de la floresta en dos direcciones opuestas.

A la luz del incendio escribió el espía con lápiz sobre un papel: «Señora, el rey de Suecia y el Czar de Moscovia, acompañado el primero de Reginold, y el segundo del general Menzicoff, han pasado una parte de la noche en mi cabaña. El Czar teme encontrarse en la batalla bajo los muros de Narva, y el rey Cárlos XII, vá á presentarla con menos de 15,000 hombres contra 80,000.»

Puso el espía en seguida lo que había escrito en el agujero de un árbol, dió un silbido y desapareció en lo mas espeso del bosque.

CAPITULO IX.

LOS DOS PRISIONEROS.

Despues de muchas carreras peligrosas en la floresta de Peipus, Cárlos XII y su compañero Reginold se reunieron al ejército sueco muy inquieto por su suerte. La presencia del rey era tanto mas deseada de las tropas y de los generales, cuanto que el Czar de Moscovia atacaba á la ciudad de Narva con mas de ciento veinte mil hombres. Treinta mil estaban colocados á una legua de la ciudad, obstruían mas lejos el camino al rey de Suecia. La vanguardia moscovita no contaba menos de cinco mil hombres. Añadid un campamento de mas de ochenta mil hombres. Cárlos XII, sin tomarse siquiera tiempo para reunir su ejército nueve ó diez veces menor en número, avanzó con cuatro mil peones y cuatro mil caballos solamente. Vé con que fuerzas tan formidables tiene que habérselas.

Otro hubiera renunciado á medirse con semejante ejército; hubiera buscado su salvacion en una retirada prudente; él ordena el ataque; destruye los cinco mil hombres de la vanguardia; arroja los veinte mil que huyen hácia el campamento, y llevan á él el espanto; preséntase delante del campamento de los ochenta mil hombres con sus cuatro mil ginetes y sus cuatro mil peones, llenos de fatiga y heridos la mayor parte, á pesar de su bravura, ó mas bien, á causa de su increíble bravura. Uno de sus oficiales le dijo cuan peligroso era combatir con probabilidades tan desiguales, y le respondió: «Que, ¿dudáis que con mis ocho mil bravos suecos no paso por encima del cuerpo de ochenta mil moscovitas?». En seguida, arrepintiéndose de aquellas palabras un poco fanfarronas, se apresuró á añadir: ¿no sois, pues, de mi opinion? ¿no tengo dos ventajas sobre los enemigos? la una, que la caballería no podrá servirles; y la otra, que siendo el lugar estrecho, su gran número no hará mas que incomodarles. Así que en realidad, seré mas fuerte que ellos.»

Ordenó, pues, el ataque; la señal era dos cohetes, y la palabra de orden en aleman, con la ayuda de Dios.

Olvidaba Cárlos XII la tercera ventaja al medirse con aquel ejército que renovaba los de la antigüedad; olvidaba la nieve que caía en abundancia, y daba en la espalda á sus tropas, y el viento, al dirigirse a-i, la enviaba al rostro de los rusos, que se encontraban ciegos con ella.

Se batieron furiosamente en medio de aquel torbellino, á través de

que pateaban, marchaban, tropezaban caballos, soldados, balas, de cañon y bombas. Una bala fria hirió al rey en el cuello, arrancóle los pliegues de su corvata, le iba á deslizarla en el pecho, cuando su caballo fué muerto.

—Señor, tomad el mío, le dijo Reginold.

Saltó el rey sobre aquel caballo de refresco, y dijo riendo á Reginold.

—Te doy esta bala en pago.

Pero en el instante mismo, diez dragones rusos penetran por entre la confusion, y creyendo llevarse á Carlos XII, se apoderaron de Reginold. Engañados por la sencillez de su traje, le habian confundido con el rey, cuya apariencia, mas que sencilla, le designaba tanto y mas que un brillante penacho.

A pistoletazos y sablazos rompe el rey el círculo que se habia formado en torno de su favorito; á quien se lleva, mata, separa, hiere; por fin consigue salvar á Reginold. La batalla de Narva duró tres horas. Ocho mil suecos vencieron aquel día á mas de cien mil rusos mandados por un alemán, el duque de Cuij. Es verdad que á los suecos los conducia un loco, y que aquel día nevaba.

Hé ahí cómo suceden las grandes cosas y cómo se cumplen los mas grandes acontecimientos del mundo.

La historia no ha explicado nunca de una manera satisfactoria la ausencia del Czar de aquella batalla, una de las mas considerables de los tiempos modernos.

La victoria de Narva fué cien veces mas gloriosa para Carlos XII que la bajada á Dinamarca. ¡Haber hecho rendir las armas á mas de cien mil hombres!

Carlos XII, rey guerrero como era, quiso pasar la noche bajo su tienda, aunque el frio se hizo muy vivo á causa de la gran cantidad de nieve que habia caído. Hubiera podido entrar en Narva libertada por él, y donde le aguardaba para bendecirle una poblacion exaltada. Prefirió su tienda. Esto, además, pensaba él que era propio de un buen general, el no abandonar tan pronto el campo de batalla ¡Cuántas victorias, por haber querido gozar de ellas demasiado pronto, no han sido seguidas de derrotas! Envuelto en la capa de guerra, se tendió sobre algunas pieles estendidas en el suelo, y despues de haber felicitado á sus principales oficiales Reuschild, Milius, Eric, jóvenes á quienes educaba en su ruda escuela, retuvo cerca de sí á Reginold. Cuando estuvieron solos, le dijo:

(Continuará.)

A UNAS FLORES MARCHITAS.

RECUERDOS DE ELISA.

ROMANCE.

Floreillas, que habeis sido
gala del vergel un dia,
y hoy confdentes discretos
de mi amor y mis desdichas:
por Dios que mucho me duele
el contemplaros marchitas;
pues sois en mi pensamiento
dulces memorias de Elisa.

Prendas del amor ardiente
que alimenta el alma mia,
y aunque de esperanza falto,
eterno en ella se anida,
compañeras de mi pena,
venid conmigo á partirla,
recordándome en su ausencia
la hermosa imágen de Elisa.

Menos bellas que mi amada,
pero menos que ella esquivas,
no os negueis, marchitas flores,
á mis amantes caricias:
dejad que os diga el secreto
que nunca osaré decirla,
que pues bellezas son flores,
miro en vosotras á Elisa.

Venid, flores, á acordarme
su belleza peregrina,
la dulzura de su acento,
de sus labios la sonrisa,
y aquella hermosa mirada,
que ora tierna y ora altiva,
un cielo de dicha y gloria
pinta en los ojos de Elisa.

Símbolos de mi esperanza,
y de mi dolor amigas,
no os apartéis de mi pecho,
aromosas florecillas,
ni recordéis los vergeles,
cuya espesura florida,
os criará para ofrenda
á la hermosura de Elisa.

Ni la aurora en que os abristeis
á su tibia luz benigna,
que en el vergel de mi pecho,
aunque secas y marchitas,
por mi mano cultivadas,
vivireis lo que yo viva;
pues solo podrá la muerte
borrar de mi seno á Elisa.

Ni la gota del rocío,
que os bañaba fresca y límpida,
ni el aura de la mañana,
que vuestro tallo mecía,
lloreis, flores, pues os riegan
las tiernas lágrimas mías,
tristes lágrimas que vierto
al verme ausente de Elisa.

Ni los brillantes matices
que vuestras hojas teñían,
ni vuestras suaves esencias
lloreis, flores, por perdidas;
que en vosotras bebo el ambar,
y admiro las frescas tintas,
que os dejaron al tocaros
las bellas manos de Elisa.

Acompañadme en mi duelo,
inocentes florecillas,
y no os quejéis por miraros
cuál mi corazón marchitas;
que, aunque muertas, en mi pecho
gozéis de eterna vida,
pues que yo viva es forzoso
para adorar á mi Elisa.

F. JAVIER SIMONET.

Madrid.—Febrero de 1854.

EL MINISTRO.

FABULA

TRADUCIDA DEL ALEMÁN.

Eligió ministro
El Leon al Toro
Y se alborotaron
Sus vasallos todos.
Ese, le gritaban,
Perderá tu trono:
Teme los errores
De un ministro loco.
Bien, dijo el monarca:
Elegid vosotros:
El que se me indique,
Desde luego tomo.
Ya, le replicaron
Los del alboroto,
Ya te le daremos
Adecuado y propio.
Júntase la turba,
Trátase el negocio,
Y un propuesto logra
General el voto,
Y era el favorito
Del congreso docto
Un horrico tuerto,
Matalon y cojo.

J. E. HARTZENBUSCH.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.